

ISSN: 1139-0107

ISSN-E: 2254-6367

---

---

# MEMORIA Y CIVILIZACIÓN

ANUARIO DE HISTORIA

---

22/2019

---

REVISTA DEL DEPARTAMENTO DE HISTORIA,  
HISTORIA DEL ARTE Y GEOGRAFÍA  
FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS  
UNIVERSIDAD DE NAVARRA

## RECENSIONES

Evans, Richard J., *Contrafactuales. ¿Y si todo hubiera sido diferente?*,  
Madrid, Turner Noema, 2018  
(Francisco Javier Caspistegui)  
pp. 817-821 [1-5]




Universidad  
de Navarra

---



## RECENSIONES

Evans, Richard J., *Contrafactuales. ¿Y si todo hubiera sido diferente?*, Madrid, Turner Noema, 2018 (ed. original: *Altered pasts. Counterfactuals in history*, London, Little, Brown, 2014), 192p. ISBN: 9788417141530. 18'90€ 

Prólogo. I. La expresión de un deseo. II. La historia virtual. III. Ficciones futuristas. IV. Mundos posibles. Notas.

Que el pasado es muy activo en el presente puede apreciarse con claridad por la frecuencia con que protagoniza debates y controversias, usos interesados y reivindicaciones a su costa. No será de extrañar, por tanto, que uno de los caminos que ha recorrido el empleo del pasado haya sido el de la búsqueda de alternativas a lo que ocurrió. Preguntarnos qué hubiera pasado si..., forma parte de una condición humana que trata de esquivar la realidad y construirse un pasado que desde el hoy sea más aceptable. Dentro de este planteamiento, el examen del pasado global, objeto de la historia, se ofrece como un campo propicio para la reconstrucción tentativa, para la satisfacción de anhelos presentes. Y esta opción, que forma parte intrínseca de la literatura y la ficción histórica, también ha sido objeto de atención de historiadores y académicos que han acudido al atractivo de crear mundos paralelos a partir de su conocimiento de lo realmente ocurrido.

Esta tendencia la han explotado especialmente los historiadores en el mundo anglosajón durante las últimas dos décadas —incluso el *Brexit* podría considerarse cierto tipo de historia virtual a la que se le ha quitado el condicional—, aunque mucho menos en el marco europeo continental, y casi nada en el español —aunque puede citarse el editado por Joan María Thomas, *La historia de España que no pudo ser* (2007)—. El objeto de este libro es reflexionar sobre esta cuestión desde y para la disciplina histórica, planteando los argumentos que subyacen a una propuesta que, señala Evans, no es en absoluto inocente. Todo surgió en 1997, año del libro de Niall Ferguson (*Virtual history: alternatives and counterfactuals*) y, de alguna manera, la puesta de largo de una aproximación al pasado que resultó atractiva tanto para los lectores como para los propios historiadores, sobre todo por el desafío metodológico que implicaba. Por ello, comienza proponiendo una definición: «Por acontecimientos contrafactuales entiendo versiones alternativas del pasado en las que una alteración en la serie de sucesos conduce a un resultado distinto del que realmente ocurrió» (p. 13).

A partir de ahí recoge en el primer capítulo a los antecesores y representantes actuales de este examen contrafactual del pasado, desde la famosa referencia de Pascal en sus *Pensées* a la nariz de Cleopatra, con el *Tirant el blanc* de Joanot Martorell (1490), o *Les aventures de Monsieur Robert Chevalier* (1732), incluso hasta Gibbon. Sin embargo, habrá que esperar, significativamente, al siglo XIX para entrar en una consideración más profunda de lo que implicaba esta reconstrucción virtual del pasado: «Se necesitaba la nueva visión romántica del pasado como esencialmente distinto del presente, en el que cada época poseía su carácter particular» (p. 22). Solo la percepción del pasado como una suma de tiempos con rasgos propios y distintos realizada a partir de comienzos de

## RECENSIONES

ese siglo, aunando el orden del conocimiento de los hechos y el orden de la aprehensión del sentido, permitió plantearse la posibilidad de imaginar un orden alternativo, una forma distinta de percibir lo ocurrido.

No es extraño, por tanto, que los principales ejemplos de historia virtual o contrafactual se originaran a partir de una década de los años treinta del siglo XIX en la que la propia historia comenzó a consolidarse como disciplina académica. Louis Geoffroy y su *Napoléon et la conquête du monde* (1836); Charles Renouvier y su *Uchronie* (1857); el propio Trevelyan («If Napoleon had won the battle of Waterloo», 1907), ya en el siglo XX; o, en 1932, *If it had happened otherwise*, de John Collings Squire, del que resalta Evans un rasgo habitual en muchos de estos textos, como es la «nostalgia y el pesar por una historia que había tomado un camino equivocado» (p. 31), lo que les imprimiría un sentido político-ideológico muy marcado en el contexto de miedos propio de la década de los veinte y treinta. Otros ejemplos que recoge son los de Toynbee en su *Estudio de la historia*, hasta la novela *Lo que el tiempo se llevó*, de Joseph Ward Moore (1953). Habla también de artículos de especialistas que especulaban sobre su propio ámbito, como William L. Shirer, que en 1961 publicó «If Hitler had won World War II»; o el hispanista Geoffrey Parker, que en 1976 analizó lo que hubiera ocurrido de triunfar la Armada Invencible. Y aunque en muchos casos haya un intento de reflexión sobre el método contrafactual, no dejan de ser especulaciones que difícilmente se sostienen, al carecer de material empírico sobre las que sustentarse.

De ahí que el camino más común de lo contrafactual haya sido la novelística. Cita, por ejemplo, a Guido Morselli, *Contro-passato prossimo: un'ipotesi retrospettiva* (1975); y Víctor Alba, *1936-1976. Historia de la II República Española* (1976), a la que respondió Fernando Vizcaino Casas con *Los rojos ganaron la guerra* (1989). Barbara Tuchman lo intentó en 1972 y Daniel Snowman en 1979: *If I had been... Ten historical fantasies*. También Alexander Demandt, en *Ungeschehene Geschichte* (1984), planteaba los límites de la imaginación contrafactual, indicando que la medida de lo irreal es lo real. John Merriam, *For want of a horse: choice and chance in history* (1985), planteó su libro como divertimento, un motivo por el cual este tipo de textos no tuvieron repercusión académica.

Pero en las últimas décadas ha habido síntomas de cambio en dos ámbitos: la historia econométrica, con Robert Fogel y su importante peso estadístico de modelos que no plantean una alternativa a lo que pasó, sino que contrastan una realidad con una construcción estadística distinta. Y un segundo ámbito que abrió Niall Ferguson con su *Virtual history* (1997) y Dennis E. Showalter y Harold C. Deutsche (eds.), *If the allies had fallen* (1997). Robert Cowley (ed.), *What if?* (1998) y *More what if?* (2001) y *What if? America* (2005). Andrew Roberts, *What might have been* (2004) y el libro de Lebow, Parker y Tetlock (*Unmaking the west; «what if?» scenarios that rewrite world history*, 2006). Lo significativo es la floración de estas obras desde fines del siglo XX, lo que atribuye, siguiendo a Gavriel Rosenfeld, a la decadencia y caída de las ideologías dominantes en el pensamiento occidental, y al arrastre de las teleologías asociadas a ellas. La historia se volvió más abierta, liberando espacio para la especulación. La reprobación de la idea de progreso introdujo grandes dudas en el horizonte de expectativa que Koselleck definió, con el espacio de experiencia, como los grandes ejes del pensamiento histórico occidental. La sensación de desorientación y miedo y la desconfianza hacia el futuro, habrían

## RECENSIONES

impulsado las elucubraciones sobre lo que hubiera podido ser, sustituyendo con fantasía el espacio dejado por las ideologías. A ello cabría añadir un tema ya tratado por Evans (*In defence of history*, 1997), el impacto del posmodernismo en la disciplina histórica, con su escepticismo hacia un verdadero conocimiento histórico, la difuminación de los límites entre pasado y presente, realidad y ficción y el cuestionamiento de la concepción lineal del tiempo o de la objetividad del historiador.

Es en este contexto en el que Evans propone un examen detenido de la historia contrafactual, entre otras cosas, porque al carecer de pruebas sobre las que sostener sus especulaciones, su mera realización va contra el objetivo de los historiadores. Por otra parte, y desde un trasfondo más metodológico, reducir la disciplina histórica a puro azar, no permitiría explicación ni generalización alguna —principal objetivo de los historiadores—, solo la mera crónica. Además, la mayor parte de las veces, estas especulaciones se centraban en grandes personajes masculinos desde una perspectiva muy tradicional (pp. 153-155) y, como ya se ha señalado, su objetivo estaba próximo a las cuestiones políticas del tiempo en que se escribían, atribuyendo a la mayor parte de sus practicantes una perspectiva conservadora en lo político y en lo metodológico, muchas veces vinculada con momentos de declive y una mezcla entre la nostalgia y la resistencia a los cambios. Añade que «[e]l principal blanco de los contrafactualistas era claramente el marxismo, o lo que imaginaban que era marxismo» (61), paradójicamente en el momento del pronunciado declive de este.

Sin embargo, todo ello plantea un reto al reivindicar el libre albedrío y la contingencia de la historia, valorando al individuo concreto y sus decisiones, abriendo el marco a la indeterminación y el azar o, cuando menos, a las posibilidades que se ofrecían a quienes tomaron las decisiones. Pero la disyuntiva tenía un elevado componente irreal al plantear una dualidad que no existe en la vida real, entre libertad total y sumisión absoluta. Buena parte de esta argumentación la apoya Evans en la crítica al libro de Ferguson de 1997 —como ya hiciera con argumentos similares en *Memoria y Civilización* José C. Bermejo Barrera en 1999, pp. 333-341—. Ferguson planteaba el marxismo como máximo exponente del determinismo, se apoyaba en fundamentos falsos que Evans rechaza y considera que ningún historiador aceptaría el punto de vista determinista que Ferguson describe, pues aunque «podemos concebir una hipótesis interpretativa, «[...] está bajo continua revisión a través del estudio de los hechos que la apoyan y los que la rebaten, y es probable que nuestro producto final consista en algo bastante diferente de aquello con lo que empezamos» (p. 72). La historia contrafactual no es necesaria, por tanto, para socavar un determinismo que ningún historiador asume. Pero tampoco lo es para demostrar que todo es fruto del azar y que la historia es fundamentalmente caótica, pues no es fácil negar la existencia de «sistemas de causación más amplios, que determinan el patrón general de los acontecimientos aunque no su naturaleza o cronología exacta» (p. 75). En el fondo, lo que Ferguson y los historiadores contrafactualistas proponen es una enmienda a la causalidad histórica, sin atender a una realidad historiográfica en la que difícilmente se encuentran afirmaciones monocausales, por más que se tienda a jerarquizar.

En definitiva, la historia contrafactual es un producto de la imaginación porque no puede apoyarse en pruebas y eso lo aleja de la historia tal como se la concibe habi-

## RECENSIONES

tualmente, al reducir, paradójicamente, el azar y la contingencia mediante unas opciones determinadas por la imaginación del autor, sin atender a las múltiples opciones de lo que podría haber sido: «Modificar una parte del caleidoscopio de la historia hace que todas las demás partes se muevan de una forma bastante impredecible» (pp. 146-147). El problema está en que este tipo de historia se fundamenta en el presente, y muchas veces en presupuestos ideológicos, dejando de lado la explicación por el deseo de atender a lo que debiera haber sido. Por tanto, estos ejercicios de imaginación son más una forma literaria que histórica, lo que introduce también el debate posmoderno sobre la naturaleza retórica del relato histórico. Sin embargo, el núcleo de esta controversia no parece haber incidido tanto en la disciplina dedicada al estudio del pasado como en la literatura, donde recoge decenas de novelas con argumentos contrafactuales, muchos de ellos, por su especial difusión anglosajona, dedicados a la II Guerra Mundial (por ejemplo Philip Roth, *The plot against America*, 2004, en la que un Lindbergh antisemita se hacía con la presidencia de EE.UU. en las elecciones de 1940). En general, buscan tramas en las que mostrar la pesadilla de una dominación nazi, en las que los protagonistas deben hacer frente a elecciones morales y peligros tangibles e imaginables. Pero lo llamativo es el cambio de percepción de los nazis en esos relatos a partir del thatcherismo, que comenzó a hablar de un cuarto Reich a través del predominio germano sobre la Comunidad Europea-Unión Europea. Una parte del euroescepticismo británico se fraguó en afirmaciones como las recogidas en el libro de William Cash, diputado conservador, *Against a Federal Europe: the battle for Britain* (1991); o en la novela de Andrew Roberts, *The Aachen memorandum* (1995), en que una Europa dominada por Alemania controla Inglaterra, incluso cambiando el sentido de la circulación, hasta que la resistencia consigue revertir la situación. También cita las novelas de Robert Harris, *Fatherland* (1992), o la de C. J. Sansom, *Dominion* (2012). En España, un entretenido ejemplo reciente es el de Albert Villaró, *Los embajadores* (2018, ed. original catalana de 2014), en el que se plantea la independencia de Cataluña en 1934, su alineamiento con los aliados en la II Guerra Mundial y su lucha posterior contra la España dictatorial dirigida por Sanjurjo.

Tras estas novelas siempre había conspiraciones de silencio y ocultación de la verdad, en muchas ocasiones muy vinculadas con el negacionismo y oponiendo una verdad oficial a la realidad escamoteada. Sean históricos o puramente ficticios, este tipo de relatos quedan fuera de una voluntad de conocimiento. De ahí que Evans afirme: «Los verdaderos escenarios contrafactuales, ya sean históricos o ficticios, siempre implican sacar consecuencias históricas, a menudo de gran alcance, a partir de causas históricas modificadas» (p. 138).

Ha habido intentos de racionalizar teóricamente estas propuestas, como el libro de Lebow, Parker y Tetlock ya citado, pero Evans considera que ni con las condiciones que proponen tienen sentido en el seno de la disciplina. Solo cuando se refieren a contrafactualismo de corto plazo o lo que Megill llama historia contrafactual sobria podría resultar admisible, señala Evans, como ejercicio: «Si modificamos el caleidoscopio de la historia moviendo una pieza entonces podemos pensar creativamente sobre el efecto que esto puede tener en las demás piezas» (p. 165). En el fondo, se trata de extrapolar consecuencias plausibles, aunque no sirvan para explicar lo que ocurrió por más que

## RECENSIONES

seamos conscientes de que hubieran podido existir otras alternativas a lo sucedido. En cualquiera de los casos, todo dependerá de la opción elegida como alternativa a lo realmente sucedido, y esa elección «es el resultado de la intención, la orientación política, el conocimiento factual y el contexto contemporáneo del historiador. Hasta cierto punto también refleja la intención estética del autor, que se esfuerza en producir el escenario contrafactual más satisfactorio, más coherente y, a menudo, más entretenido. Si se basa en una reescritura mínima y se limita al corto plazo, una hipótesis contrafactual puede iluminar las decisiones a las que se enfrentaron determinados políticos y estadistas, y las limitaciones que el contexto histórico impuso sobre estas decisiones. Pero cuanto más se aleja del punto de partida, más utilidad pierde y más se interna en el mundo de la realidad alternativa» (pp. 175-176).

Por eso concluye Evans «que lo más útil e interesante de las especulaciones contrafactuales es el fenómeno en sí mismo, entendido como parte de la historia intelectual y política moderna y contemporánea, digno de estudio *per se*, pero de poca utilidad práctica en el estudio solvente del pasado» (p. 176). En último término, las hipótesis contrafactuales son irónicas, como señaló Nietzsche, pues arrojan más luz sobre el presente que sobre el pasado.

**Richard J. Evans** (Londres, 1947) fue profesor de Historia en el Birkbeck College de la Universidad de Londres y profesor de Historia Moderna en la Universidad de Cambridge. Especialista en historia de Alemania, ha publicado *The Feminist Movement in Germany (1894-1933)* (1976), *Death in Hamburg* (1987), *In Hitler's Shadow* (1989), *Rituals of Retribution* (1996), *In Defence of History* (1997), *Lying about Hitler* (2001) y la trilogía *The Coming of the Third Reich* (2003); *The Third Reich in Power 1933-1939* (2005) y *The Third Reich at War 1939-1945* (2008); Sus últimos libros han sido: *The Third Reich in History and Memory* (2015) y *The pursuit of Power: Europe 1815-1914* (2016).

Francisco Javier Caspistegui  
Universidad de Navarra

